

Fragmento de novela

LAS CUENCAS DE LOS OJOS

Bernardo Bolaños Guerra*

A Ingrid Rossi

Me habló de los sables que comprarías, de tus lugares favoritos a los que no ibas a faltar esta vez; que visitarías a tus amigos, de los cuales muchos ella misma te los presentó. Le dije que no, que tu viaje era de negocios, muy precipitado, pero me aseguró que no resistirías escaparte un momento para recordar esa parte de tu vida.

Había llegado a la casa como a las seis. Cuando abrí la puerta se presentó sin titubeos, con la mirada firme, aunque no lo creas parecía verme con ambos ojos. La reconocí al verla, pero fingí. En persona sólo la había visto una o dos veces en alguna reunión, mucho antes de que nos casáramos.

La invité a pasar, no podía hacer otra cosa. Ella creía que venías volando de regreso. Le aclaré que no, que habías diferido tu vuelta y entonces dijo que no importaba, que de todos modos tenía deseos de conocerme.

No quiso tomar nada, pero me pidió que le enseñara tu cava. La llevé, se inclinó sobre las botellas y empezó a revisarlas mientras me contaba cómo fuiste aprendiendo a tomar, desde aquellos vinillos alemanes, dulzones e inofensivos, hasta que te acostumbraste a la espesura del Hermitage, al Sangre de Toro que

* Facultad de Derecho, UNAM.

probaron juntos en Hungría y que siguieron tomando en Londres. Sacó un vino rojo, movió la cabeza con pedantería y me dijo: "Éste ya no sirve, debieron tomarlo hace más de dos años. Cuando más, te servirá para hacer sangría o para cocinar".

Me sorprende que se haya enterado con tanta precisión el día en que tenías planeado regresar. Seguramente quería estar conmigo, para que cuando yo dijera "disculpa tengo que recoger a Santiago, hoy regresa de Europa", se ofreciera a acompañarme al aeropuerto y pudiera recibirte también. Así, en el pasillo nos encontrarías a las dos y no podrías evitarla.

No le importó narrarme cómo se conocieron. La historia del profesor que durante un ejercicio, a propósito le rasgó la ropa con la punta del floreste, y cómo te peleaste con él por defenderla. Dice que después fueron juntos a su departamento, te vendó la herida y con el pretexto de cambiarse la blusa rota, se desvistió frente a ti. Imagínate, venir a decirme eso a mí, tu propia esposa. Pero no me importa, de verdad que ya no me dan celos. Me dijo todo con detalle: que hicieron el amor y que tu herida aún estaba sangrando a través de la venda, y que la cama se manchó de sangre. Que fue a partir de entonces que te mudaste con ella y vivieron juntos. Me habló de los viajes que hiciste con ella, y cómo en Túnez los detuvieron un día entero por llevar en la maleta botellas de vino, y que mientras se arreglaban los permisos, en aquel calor sofocante, se dedicaron a hacer el amor una y otra vez.

Pensé que me preguntaría acerca de nuestro matrimonio. Yo estaba lista para decirle que era perfecto. Pero no, después de todas las intimidades que confesó no mencionamos nuestra relación. Es tan soberbia que no es capaz de humillarse con un acto de curiosidad. Además yo no hubiera podido decirle nada interesante, porque no me enamoré de ti en un duelo de esgrima, ni hemos hecho el amor en una casa de campaña en África, no conozco de vinos, ni me importan. No lo tomes como un reproche, sólo por un momento envidié todo aquello, pero en el fondo es tan irreal, tan novelesco. Esta niña rica, con el estúpido complejo de nobleza, lectora voraz de novelas pero ajena a cualquier noticia importante, no es mi aspiración, de verdad. Su vida ha sido siempre una pose, tú mismo me dijiste que en Europa nunca le importó la carrera. Y en cuanto a ti, afortunadamente has puesto los pies en el suelo. Te aborrecería si aún fueras el junior de entonces.

También me dijo cómo llegó a ganar la medalla nacional y cómo estuvo a punto de ir a las Olimpiadas. No la mandaron porque vivía en el extranjero, ajena a la política del comité seleccionador.

Así se hizo de noche, escuchándola. Cuando al fin estuvo convencida de que no vendrías, se despidió amablemente, me preguntó por tu regreso y tuve que decirle que aún no sabía cuándo volverías.

Sólo me preocupa que ella vuelva. Seguramente lo hará. Es mejor que estés preparado, debes tratarla con naturalidad. Ya no te sientas culpable, afróntala, no tienes más remedio. Por mí no te preocupes, no estaré celosa. Aunque, sigue siendo tan bella: alta, los músculos firmes, el cabello castaño desbordado hasta la mitad de la espalda, la boca pequeña, y sus ojos, probrecita, con la cicatriz y la prótesis.

Un antropófago, casi desnudo, con el rostro cubierto de arcilla, se acerca a ella y deposita en la rendija de sus labios un puño de monedas, como un niño en una máquina de chicles. Con ello paga el altísimo precio de un ojo de la cara. Ahora desprende el globo ocular con las uñas enterregadas y lo engulle. En la cuenca vacía queda el brillo rojo de los caramelos de cereza recién mordidos. Sin embargo, toda la sensación de terror que produce la imagen onírica apenas se refleja en un leve movimiento de la boca de la mujer narcotizada.

La clepsidra de suero que pende sobre su brazo señala poco más de la media noche. Es entonces cuando la silueta blanca surge entre las sombras que parecían estáticas, y enciende una luz. Un brillo metálico resplandece otra vez y cruza en medio de otras formas que brillan y se vuelven los ojos diminutos de las hormigas. La lanceta se ha convertido en una imagen recurrente, aun cuando no está dormida. Después, en algo como los charcos de agua y aceite que están sobre el asfalto, iluminados y descompuestos en hilachos coloridos, se forma una sanguínea melena. Ahora se han manchado de cabelleras rojas todas las imágenes. Figuras geométricas flotan en los abrires y cerrares del ojo y se desvanecen muy lentamente, como los defectos de una película vieja. Son formas caleidoscópicas que descienden a través de la somnolencia incoherente y sobre el rostro de la mujer de blanco.

Es con toda seguridad una cara femenina la que revisa el medidor mientras el brazalete inflable empieza a estrangularle el brazo. En medio de la silueta femenina aparece otra vez la mancha y con ella un dolor al tratar de no mirarla. Son las últimas sensaciones de un órgano agonizante y ya no parecen provocadas por el exterior. Son resplandores propios, sueños quebrados. El ojo sobreviviente, por el contrario, reelabora una y otra vez las luces externas. El ambiente impregnado de desinfectante con aroma a limón y la luz, son percepciones que se transforman en esferas, perfectos almacenes de deformidad; en canicas a las que como frutas rechinantes las rebana un filo luminoso. Y con alguna otra imagen metálica, el rostro de la mujer vendada se conmueve moviéndose hacia el otro extremo de la almohada, antes de volver a reservar a ligeros gestos de la boca las angustias. Aparecen, también creados por la luz del foco desnudo, el rostro de los gatos locos que tienen espirales en la mirada, y ella se ve a sí misma observándolos con un solo ojo, mientras el otro lo tiene hecho un garabato de nervios blancos y astillas pupilares. La enfermera ha desaparecido y las formas del cuarto comienzan a transformarse. Por la fiebre inyectada se le llena la vista de aquello que leyó en los libros, diente por diente surge la volubilidad de imágenes que aparecen ya soñadas: un triángulo que sólo en la inconsciencia parece ser el terrorífico creador de todo lo visible y lo invisible, las ilustraciones ásperas de los libros de primaria. Finalmente, apagan la luz y desaparece el resplandor que producen los monstruos. Se cierra entonces el ojo vivo. Ahora se llena el sueño de silencios, de omisiones espantosas. Los labios reproducen en nuevas conmociones la horrible sensación del dolor diluido por toda la sangre. Con los pequeños derrames se tiñen las pesadillas de coágulos con rostro, de espasmos que provocan unos tristes criminales apuñalando mecánicamente a una mujer.

Culmina, al fin, la cadena de inconsciencias con la luz del amanecer. En las primeras horas del día, aún bañadas de sopor, la mujer semi-narcotizada percibe la sensación de dormir con alguien. La imagen casi real de Santiago, junto con

el zumbido de un refrigerador cercano, terminan de desvanecer el sueño. Pero no hay nadie en el cuarto, ni siquiera la enfermera. La transpiración le ha empapado las vendas. El ojo, nuevamente abierto, es el espejo de la mitad de su alma.

Abriste mis cajones y vaciaste la ropa sobre la cama. En el clóset encontraste mi paraguas y mi cámara. Yo observaba desde la silla de mi escritorio, la única silla de aquel cuarto de estudiante. Pensé que hurgabas en mis cosas por pura ociosidad, que escarbabas en mis calcetines y mis camisas igual que me escarbabas la espalda y el pecho en la alberca de la universidad. Antes ya te había visto sufrir de lapsos de paciencia: alguna vez quisiste jugar ajedrez o comprar un rompecabezas. El sexo mismo era los domingos un divertimento prolongado.

Rodeada de camisas, te sentaste a ordenarlas. Reinterpreté tu acuciosidad como demostración de modestia y de cariño, cuando uno por uno doblaste mis trapos, tú, la que ni siquiera sabría planchar un pañuelo. Conmovido, sentí el impulso de agradecerte de alguna forma. Me acerqué para abrazarte sin imaginar que el paraguas me detendría. Lo abriste a toda velocidad. Desde luego no lo entendí hasta verte la cara, sonriente. Imaginé que lo usarías como pantalla para desvestirse tras él e iniciar luego el festín al que me habías acostumbrado. Pero el escudo geométrico y tu silueta segmentada en triángulos, permanecieron inmóviles. Algo esperabas. Contemplé tu rostro como el de las artistas protegidas por las bayonetas de los policías. Desde el espacio que me reservaste, admiré las ojeras lunares que envolvían tu mirada, los pliegues minúsculos de tus párpados, tu cabello manchado y multiforme. Quise esquivar el obstáculo y como una brújula inmensa volviste a dirigir la punta de metal a los polos de mi vientre. "Déjame besarte", te pedí.

De no haber estado abierta e inasible, te habría arrebatado la sombrilla y despojado inmediatamente de todos los muros que te vestían. En cambio, sumiso y bajo como el sentenciado, como el duelista bañado de ignominia, esperé la estocada tan leve como la amenaza de una abeja que sólo se posa en la piel. Imaginé el duelo y me quité la ropa. Después me acerqué ligeramente a la frontera de tus seños cubiertos y me amenazaste nuevamente. Yo, con mi arma aún cabizbaja llamé a la concordia por última vez: "Déjame besarte". Entonces retiraste por fin el escudo, y me sorprendió tu pecho descubierto.

El agua está muy fría y me duerme las manos. Me parece como si enjuagaran los trastos dos pulpos y que yo sólo miro de cerca, junto al fregadero. Tú nunca lavas los platos, lo sé, Santiago tendrá más de una sirvienta para ti. Yo no quiero contratar a una, me molestaría tener a otra mujer cerca en un departamento tan pequeño. No quiero convivir con alguien dedicado a limpiar los desperdicios de mi vida. Aceptaría a un joven universitario que me pagara una pensión simbólica, y estudiara en la noche sin hacer ruido, sólo regalándome un rayito de luz por la rendija de su puerta. Que fuera tímido y apenas me dirigiera un saludo

antes de entrar en su cuarto. Alguna madrugada le cobraría el alojamiento metiéndome en su cama.

Me dijo mi padre que la gente que sufre desde pequeña no tiene depresiones. En eso estoy de acuerdo. Mis sufrimientos fueron creciendo poco a poco y cada vez es más difícil soportarlos. Mis tragedias infantiles eran muy tontas. Una niña de la escuela murió atropellada, pero no lo recuerdo con horror. Fue como una noticia de televisión. Tampoco viví incomodidades. Me molestaban los viajes en carretera, los domingos, las frutas empedernidas. Sin embargo, durante mis berrenches tenía la rabia suficiente para suicidarme.

Nunca quedé totalmente satisfecha de algo. No tuve una sola cosa en mi vida que pareciera simplemente perfecta. La gente a la que he admirado alguna vez ha terminado decepcionándome, las personas que creía más grandes me resultaron insignificantes cuando las conocí. Un maestro universitario, al que idolatraba, fue mi novio y muy pronto me di cuenta que era una criatura acomplejada. A Santiago nunca lo admiré, era el único mexicano que conocía en Londres y después me acostumbé. No es cierto que me haya defendido del instructor, inventé la historia. Si se lo dijiste ya me habrá desmentido.

Ahora pienso si estoy exagerando mi tragedia, tal vez no es algo tan grave. "Todo depende —me dijo mi madre— de tus principios religiosos, de tu valor para superar los problemas". Preferí no contestarle. No hay mucho que explicar. Quieren que actúe como esos inválidos que ganan alguna medalla deportiva, o como los presos a perpetuidad que se dedican a escribir o aprender un oficio. "Ni siquiera es tan malo lo que te ha pasado si lo comparas con quien sufre una enfermedad incurable, o pierde toda la vista". Yo no sé cómo se mide la gravedad de las desgracias. Hay tipos que se suicidan porque pierden una apuesta o porque no soportan el aburrimiento de su jubilación. Para matarse cualquier razón es suficiente.

Termino de enjuagar el último vaso y miro el agua absorber en un remolino los pedacitos de la comida. Antes de que se lo trague el fregadero, rescato un residuo de fruta, me lo echo a la boca y lo mastico.

Tu grito fue menos espantoso que la sensación instantánea de atravesar tu rostro, verte caer y seguir sosteniendo el metal. Te vi revolcada en medio de patadas y quejidos. Mis brazos se fueron comprimiendo como las articulaciones de un insecto agonizante. Llegó un hombre, se arrodilló frente a ti y te quitó la máscara perforada. Yo descendí al suelo raspando la cabeza en la superficie rugosa del muro, hasta terminar casi en cuclillas pero aún con el florete en las manos. Permanecí oculto unos segundos en la oscuridad creada por mis párpados. Antes de volver a abrir los ojos se repitió la escena en mis entrañas: vi tus senos saltando con la misma imprudencia que tus piernas en medio de una selva de ruidos de guerra. Volví a verte cuando me acorralabas hasta hacerme chocar de espaldas con la pared, y lo juro, de no levantar el florete al nivel de tu cara, te habrías ensartado en él como la mariposa de un coleccionista.

El instructor y otra persona sujetaron tu cuerpo histérico y te llevaron cargando. Mientras se desvanecían tus gritos por la distancia los míos comenzaron a

aparecer en aquel rincón del gimnasio. Un lamento infantil me mantuvo comprimido en mi espacio fetal. De pronto, descubrí mi mano aferrada al mango del florete y la separé como si cogiera una braza. Me levanté y caminé en la dirección ineludible de tu sangre. Entonces, algunos de los que miraron la tragedia se atrevieron a preguntar por lo que había pasado, y un hombre me ayudó a quitarme la máscara. Busqué en mi maleta las llaves del coche y fui al estacionamiento sin cambiarme de ropa. Al manejar se repitió otra vez el sonido de tus gritos, intermitentes, como la sirena de una ambulancia.

Ahora estoy acompañado por otro rumor. Tu respiración produce un silbido al inhalar. Mientras duermes, observo la ciudad trazada con colores opacos. Desde la altura del hospital experimento la esperanza panorámica igual que si estuviera de pie sobre el asfalto. Vuelvo a sufrir la tentación de mirarte de cerca. Cierro la cortina y me acerco a ti. Distingo el hundimiento central de tus mejillas, los arcos que ascienden de tus labios y crean una gota de carne bajo la nariz. Se abre tu ojo y yo huyo junto a la ventana.

